

LA EUCARISTÍA, VÍNCULO DE COMUNIÓN

RAFAEL DE LA TORRE, OSA

LA EUCARISTÍA ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Escribo estas líneas sobre la Eucaristía, inmerso en una realidad bien concreta de las Comunidades Eclesiales de Base, en la periferia de una gran ciudad de América Latina. Todos los fines de semana celebro cuatro o cinco Misas en las diversas comunidades de la Parroquia *Jesús Resucitado*, confiada al cuidado pastoral de los Agustinos, y confieso que en estas celebraciones me siento plenamente realizado en mi ministerio sacerdotal. Eucaristías bien preparadas, vivas, festivas, participadas, populares, comprometidas y encarnadas en la realidad social. Constituyen una alegría para los pobres y una Buena Noticia para los humildes: fuerza en su caminar esperanzado.

No obstante, es difícil mantenerse siempre y en todas partes con el mismo nivel de compromiso, dedicación y entusiasmo. Hay peligros que amenazan nuestras celebraciones:

a) La **evasión cúlrica** o quedarse en las formas, ritos, gestos litúrgicos, que pueden conseguir una vistosidad y estética impecables, pero que no introducen en el *misterio pascual*. “*Es muy tentador acercarse a celebrar la Eucaristía para descansar del vértigo de la vida moderna, saborear la liturgia, compartir una experiencia religiosa, cantar juntos al Señor y sentir la satisfacción de estar cumpliendo un deber religioso que nos asegura la salvación*”. (JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia*, Ed. Sal Terrae, 1991, pp.3-5).

b) **Cisma** entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano. Por una parte va la piedad eucarística en la Iglesia, y por otra, la vida social. Este divorcio entre la piedad y la vida esteriliza toda la piedad eucarística. Siempre corremos el riesgo de pretender comulgar con Cristo en la más estricta intimidad, sin preocuparnos de comulgar con los hermanos.

c) **Anestesia** que sirve de tranquilizante para nuestra conciencia. La Misa dominical como cumplimiento se puede convertir en objeto de consumo, sin manifestarnos las exigencias de justicia y de amor que entrafía. La rutina y la actitud consumista de lo religioso nos sitúan en una situación de imposible conversión. Ya no es la Eucaristía la que nos transforma a nosotros y a la sociedad, sino que la sociedad y nosotros mismos, acomodamos y configuramos la Eucaristía a nuestro gusto e interés.

d) **Aburrimiento** en la Misa. El mundo juvenil ha abandonado nuestras celebraciones eucarísticas. Después de recibir el sacramento de la Confirmación, la mayoría deja de participar en las misas, alegando generalmente la misma razón: ¡Se aburren! Las causas de esta actitud en el mundo juvenil, y también en el de los adultos, son diversas, pero la principal es la falta de comunidades cristianas vivas, coherentes en su misión de encarnar el *anuncio, diálogo, testimonio y servicio*. Necesitamos comunidades de referencia que canten el amor a Dios y encanten con el amor a los que llegan

buscando el camino de Jesús en comunidad (cf JAVIER M. SUESCUN, *Me aburro en Misa*, Ed San Pablo, 2000).

Comunidades cristianas vivas y de referencia las hubo y las hay. Fue, sin duda, la Comunidad eclesial de san Agustín, Diócesis de Hipona, y lo pueden ser hoy las nuestras, despertando, valorando y orientando para el bien común los carismas y ministerios con los que el Señor enriquece su Pueblo santo, su Cuerpo, la Iglesia.

I. LA CENA DEL SEÑOR

UN BANQUETE

La *comida* fue siempre un momento importante en la vida de familia. *Comer juntos* significa repartir el pan y la sal, las alegrías y los sufrimientos. Es ocasión de encuentro con los amigos. Invitar a alguien a comer o a cenar es un *gesto de hospitalidad y de amistad*. Compartir los alimentos en la misma mesa implica *complicidad*, estrecha lazos, crea vínculos más cercanos en la relación entre las personas. Jesús instituyó la Eucaristía dentro de *una refección* que conocemos con el nombre de ÚLTIMA CENA.

San Pablo llama a la Eucaristía "*Cena del Señor*" (1 Corintios 11, 20). También "*Mesa del Señor*". En el libro de los Hechos de los Apóstoles es conocida como "*Fracción del Pan*" (Hechos 2,42). No hay duda de que la Eucaristía, celebrada en nuestras asambleas litúrgicas, arranca de las cenas que Jesús celebró en su vida itinerante. Como advierte J. Jeremías, *la última Cena* es la *última de una larga cadena de comidas y cenas* que Jesús ha celebrado a lo largo de su vida. Podemos decir que la *Eucaristía* parte de la *comensalidad* de Jesús y echa sus raíces en la praxis de Jesús de celebrar comidas con toda clase de personas (J. JEREMÍAS, *La última Cena. Palabras de Jesús*, Ed. Cristiandad, 1983). La Eucaristía es verdadero *banquete*, donde Cristo se ofrece como *alimento*: "*En verdad, en verdad os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*" (Juan 6, 53).

A lo largo de los años, la cena eucarística ha ido evolucionando. El banquete fue adquiriendo un carácter cada vez más ritual, a la vez que se desatendía la dimensión fraterna y solidaria. Se va separando y suprimiendo la cena común como soporte de la celebración eucarística. *Hoy apenas quedan signos de esta comensalidad en nuestras misas*, aunque sigamos hablando de banquete, comida, pan y vino. Es urgente *rescatar la dimensión de fraternidad, amistad, familia*, subyacente en la Cena eucarística. La Eucaristía es una *proclamación de la fraternidad* querida por Jesús entre sus discípulos y un compromiso concreto con *la alianza del amor de Dios por la humanidad en la sangre de su Hijo, Jesús*.

SIGNIFICADO DEL PAN

El *pan* es uno de los principales alimentos en la vida humana. Decir que "*alguien no tiene pan*", significa que aquella persona no tiene qué comer. Para el pueblo de Israel, era sin duda el alimento más importante. Cuando el pueblo hambriento está cruzando el desierto, Dios le envía el *maná caído del cielo* (Éxodo 16, 9-27). *Jesús multiplicó el pan* para el pueblo que tenía hambre (Mateo 14, 13-21; Juan 6, 1-15). Enseñó a sus discípulos a pedir el *pan diario*

(Mateo 6,11) y Él se declara como *el pan del cielo* (Juan 6, 35). En la institución de la Eucaristía Jesús toma el pan, da gracias y dice: “*Tomad y Comed: Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros*” (Mateo 26,26; Marcos 14, 22; Lucas 22, 19; 1 Corintios 11, 23-24). El gesto más significativo de Jesús será el de *partir el pan*, de manera que, después de resucitado, los discípulos de Emaús le reconocen en la “*fracción del pan*” (Lucas 24, 30).

Agustín celebraba *todos los días la Eucaristía* con su comunidad para alimentarse con el *pan cotidiano*, y así se lo explicaba a los catecúmenos: “La Eucaristía es nuestro pan cotidiano, pero recibámoslo de suerte que nos alimente, no solamente el estómago, sino también el espíritu. Es la fuerza necesaria que se debe comprender como la unidad que nos reúne en su cuerpo, y nos hace miembros suyos, **a fin de que seamos lo que recibimos**. Así será nuestro **pan cotidiano**” (Sermón 57, 7, 7).

SIGNIFICADO DEL VINO

El *vino* es señal de *vida y de alegría*, signo de alianza de Dios con los hombres. Jesús declara que su Sangre es verdadera bebida (Juan 6, 53-56). En la *institución de la Eucaristía*, Jesús bendice el vino, declarándolo su Sangre, *sangre de la Nueva y eterna Alianza* (Mateo 26, 27-29; Marcos 14, 24-25; Lucas 22, 20; 1 Corintios 11, 25). El *pan* y el *vino* consagrados son el *Cuerpo* y la *Sangre* de Jesús, entregados por nosotros. Agustín da la clave hermenéutica del simbolismo del pan y el vino eucarísticos, siguiendo la doctrina de San Pablo (1 Corintios 10, 17). Así como muchos granos de trigo, molidos y amasados, forman un único pan, figura de los fieles que tenían una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios (Hechos 4, 32), así también acontece con el vino. “Hermanos, recordad cómo se hace el vino: muchos granos de uva forman los racimos que cuelgan de las viñas. Pero el zumo de las uvas se funde en la unidad. Es así como el Señor nos ha simbolizado. Ha querido que le pertenezcamos. Ha consagrado sobre su Mesa el misterio de **nuestra paz y unidad**” (Sermón 272).

Así podemos entender mejor por qué consagramos pan y vino en la Misa. Son “*frutos de la tierra y del trabajo del hombre*”, con sentido especial en la vida del pueblo. Y Jesús les dio un sentido más profundo y definitivo: les hizo su *Cuerpo* y su *Sangre*, vida de todo peregrino en esta tierra.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Por qué Jesús instituyó la Eucaristía durante una comida?
- ¿Cuál es el significado del pan y del vino?
- ¿Por qué Jesús escogió pan y vino para que fueran su Cuerpo y Sangre?

II. LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA, PRESIDIDA POR SAN AGUSTÍN

San Agustín presidía la Eucaristía con *verdadero espíritu de animación* junto con sus sacerdotes, diáconos y toda la asamblea cristiana. Los fieles escuchaban con atención la Palabra de Dios, cantaban con alegría los salmos, y comían y bebían el Cuerpo y la Sangre de Cristo. A esta *forma externa* unían la *actitud interna* de *adoración* del misterio celebrado. Todo el pueblo cristiano presente y participante, alimentaba su vida espiritual a través de la Palabra y

de la Eucaristía. Era una *comunidad viva*, en unión de fe, de corazones y de voces, que se expresaba con las aclamaciones del pueblo a la Palabra proclamada, entonando el ALELUIA, y teniendo la *experiencia del encuentro con el Cristo Pascual* mediante la celebración de *la Santa Misa* (cf ANGELO MARINI, *La celebrazione eucaristica presieduta da Sant'Agostino*, Brescia 1989).

EL OBISPO, SERVIDOR DE LA PALABRA

Para san Agustín, *predicar el evangelio fue la misión más importante* durante los 34 años de su ministerio episcopal en Hipona, Cartago y en todo el norte de África. Era una buena ocasión para que los fieles de Hipona recibieran la catequesis, la formación doctrinal, y a la vez, suplía el espectáculo de la ciudad. Con una inflexión de voz, una pausa en silencio, el celebrante ayuda a la asamblea a crear un *clima de oración abierto a Dios*. La Palabra es proclamada, tanto para los sabios y entendidos como para la gente más humilde, porque *lo que no alcanza la inteligencia, lo consigue la oración* (A. HAMMAN, *Santo Agostinho e seu tempo*, Ed. PAULINAS, 1989, p. 180). Con fina penetración psicológica entra en sintonía con toda clase de personas, acomodándose a la manera de entender y sentir del pueblo más sencillo.

Frecuentemente, los sermones de Agustín son prolongación de sus *confesiones*, de su experiencia de Dios en la vida. Ante la pregunta: *¿Dónde está tu Dios?* del salmo 42, sobre *El ciervo que anhela las fuentes*, Agustín confiesa: “Me lancé en busca de mi Dios, no sólo para creer en él, sino también, en la medida de mis fuerzas, para contemplarlo, pues veo las obras de Dios, pero no veo a mi Dios, que es su autor”. La función del sermón es preparar nuestro ánimo para recibir al *Maestro interior* y discernir el Espíritu, que instruye al predicador y al público. Agustín intenta llevar su público aguas arriba, hacia la fuente, para introducirlo en el misterio de Dios. Por eso su predicación es *bíblica, litúrgica y pastoral*.

EL PASTOR PRESIDE LA MESA EUCARÍSTICA

Existía una neta distinción entre la Liturgia de la Palabra y la Plegaria eucarística. Acabada la homilía, salen los catecúmenos de la basílica. Sólo podrán participar cuando sean bautizados (*neófitos*). Las puertas se cierran y la comunidad de fieles se apiña en torno al altar. El Obispo, acompañado por padres y diáconos, saluda de nuevo a la asamblea e *improvisa la plegaria universal*. Esta oración universal sirve de transición para la Eucaristía, con la procesión de ofrendas y cánticos apropiados. ¿Qué es lo que ofrecen los fieles? Pan y vino, mezclado con agua para la celebración. El Obispo, en nombre del pueblo reunido, da gracias por las maravillas de Dios y la Nueva Alianza. Una larga bendición y acción de gracias, sin interrupción del *Sanctus*, concluye con la adhesión de todo el pueblo, respondiendo: AMÉN.

El celebrante comulga y después distribuye el pan partido sobre las bandejas, primero a los padres y diáconos, después a los niños, hombres y mujeres, que se acercan en largas filas, ante el altar (A. HAMMAN, o. c., 190). Los fieles reciben el pan y escuchan las palabras del ministro: ¡El Cuerpo de Cristo!, y ellos responden: ¡AMÉN! Así orienta Agustín al neófito que comulga por primera vez: “Tórnate un miembro de Cristo para que tu AMÉN sea verdadero” (*Sermón 272*).

FRECUENCIA EN LA COMUNIÓN

¿Con qué frecuencia deben los fieles recibir a Jesucristo en la sagrada comunión? San Agustín ilustra el caso con el comentario sobre dos personajes tomados de los evangelios: Zaqueo y el Centurión. Ambos se encontraron con el Señor, si bien de modo diferente. Uno con toda la alegría le hace sentarse a su mesa; mientras que el otro reconoce: “*No soy digno de que entres en mi casa*” (Mateo 8, 8). “Los dos honraron al Señor de modo diverso y casi contrario. Los dos, indigentes por sus pecados, obtuvieron la misericordia” (Carta 54, 3, 4). La recomendación del Obispo de Hipona es *permanecer en la paz de Cristo*, y que cada uno *obre en conciencia*, con verdadera *devoción*, en conformidad con *su fe*, tratando de respetar y honrar sacramento tan saludable. Este sacramento que ha vencido al mundo, obra en el corazón de cada cristiano como si fuera *maná*, del que se dice en el libro de la Sabiduría, que tomaba el gusto que cada uno deseaba (Sabiduría 16, 20). Qué maravilla de equilibrio en esta doctrina agustiniana entre la disposición del fiel y el valor inapreciable de la Eucaristía (cf G. MADEC, *Le Saint Augustin. La Patrie et la Voie*, París 2001, 82-840).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿A qué llamas participar en la Eucaristía?
- ¿Cuáles son las disposiciones para comulgar bien?
- ¿Concibes más la Eucaristía como remedio o como premio?

III. ACCIÓN DE GRACIAS

La *Cena del Señor* se denomina, ya a finales del siglo primero, *Eucaristía* o *Acción de gracias*. Los relatos de la última cena nos hablan de la *bendición* y *acción de gracias* de Jesús al Padre, tanto sobre el pan como sobre el vino. Y por la identificación de los dones conviviales con Jesús, pasará el mismo *Jesús* a ser el *Don del Padre* para la humanidad, y motivo de alabanza y acción de gracias. Lo importante en la celebración eucarística no es tanto el enfoque interesado de *conseguir gracias*, sino de *dar gracias* a Dios Padre *por Jesucristo*, movidos por el amor de su Espíritu Santo. Unidos a María, madre y modelo de la Iglesia, en su cántico de alabanza, toda la comunidad cristiana en la Eucaristía alaba al Padre *por Jesús*, pero también lo alaba *en Jesús* y *con Jesús* en un mismo Espíritu de amor. En esto consiste precisamente la verdadera actitud eucarística (JUAN PABLO II, *Encíclica sobre la Eucaristía*, n. 58).

La *Eucaristía* o *Acción de gracias* tiene una dimensión social, que implica la distribución justa de los bienes de la tierra. Por eso el *canto de acción de gracias* no tiene que resonar en nuestras eucaristías para impedirnos escuchar los gritos de dolor, de miseria y de muerte, de tantos hombres y mujeres a los que excluimos de una vida digna y humana. Es una burla cantar prefacios y proclamar la plegaria eucarística agradeciendo a Dios la vida que se nos regala en Cristo, mientras seguimos negándola en toda su dignidad a los hermanos. “*¿De qué serviría, – interpela San Juan Crisóstomo – , adornar la Mesa de Cristo con copas de oro, si él muere de hambre en la persona de los pobres? Primero da de comer al hambriento, y después adorna la mesa*

con lo que sobra” (*Homilía sobre el evangelio de San Mateo, 50, 3-4*) Como dirá también san Agustín, el verdadero *sacrificio de alabanza* agradable a Dios, es la práctica de las *obras de misericordia*.

IV. MEMORIAL DE JESUCRISTO CRUCIFICADO Y RESUCITADO

La Eucaristía es *memorial* de la muerte y resurrección del Señor Jesús. Como memorial, la Eucaristía actualiza la Pascua del Señor y posibilita nuestra participación en su destino. No es sólo recordar o conmemorar un acontecimiento pasado. Celebrar “*el memorial del Señor*” en la Eucaristía es mucho más. Es reproducir *la misma experiencia de liberación* que experimentaron los participantes en la primera Pascua del Señor. Así como los judíos celebran el memorial de la liberación de Egipto y la Alianza del Sinaí.

La Cena del Señor es un *memorial* en la tradición de Lucas y Pablo (*Lucas 22, 19; 1 Corintios 11, 24*: “*Haced esto en memoria mía*”). Como *memorial* lo celebran las comunidades cristianas, obedientes al mandato del Señor. Es el mismo Jesús que actualiza su libre entrega y donación a través del pan y vino eucarísticos. En este acontecimiento, *protagonizado por Jesús* y celebrado por su Iglesia, está condensada toda la historia de la salvación, *pasado, presente y futuro*. En cada Eucaristía celebramos la presencia de Cristo Jesús como centro de la historia, y respondemos, después de la consagración: *‘Anunciamos tu muerte, Señor, y proclamamos tu resurrección: ¡VEN, SEÑOR JESÚS!’* La *comunidad palestina* de los primeros cristianos gritaban jubilosos: *¡Marana tha!*, que significa: *¡VEN, SEÑOR JESÚS!* (*1 Corintios 16, 22; Apocalipsis 22, 20*). El Señor que les hacía sentir su presencia en la Eucaristía, les movía a pedir *su vuelta definitiva*, con *unos cielos nuevos y una nueva tierra*, instaurando el Reino anunciado.

Jesús se da por todos y por cada uno de los hombres en actitud de fidelidad a su misión y de servicio a los hermanos. Al pronunciar el sacerdote: “*Esto es mi Cuerpo...Este es el cáliz de mi Sangre...*”, es el mismo Señor Jesús quien está diciendo: “*Esta es mi vida. Os la doy*”. Jesús, entregado por amor, y la comunidad junto con él, realiza el culto de la Nueva Alianza, que da verdadera gloria a Dios y salva a los hombres. La *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* del Concilio Vaticano II hace *una síntesis sorprendente de la doctrina eucarística agustiniana*, y dice así en la *Sacrosanctum Concilium*: “*Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz, y a confiar así a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de **piEDAD**, signo de **unIDAD**, vínculo de **carIDAD**, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da en prenda la gloria venidera*” (*Sacrosancto Concilio, 47*).

Por eso, la celebración de la Eucaristía nos impulsa a continuar hoy en nuestras vidas ese mismo compromiso asumido por Jesús. Como dice Gustavo Gutiérrez: “*Hacer memoria de Cristo es más que realizar un acto cultual: es aceptar vivir bajo el signo de la cruz y en la esperanza de la resurrección. Es aceptar el sentido de una vida que llegó hasta la muerte, a manos de los grandes de este mundo, por amor a los demás*” (*Teología de la liberación, Ed. Sígueme, 1972, p.341*). Este supremo *acto de amor*, nos lleva a traducirlo con nuestra vida social en actitud de *servicio generoso* de unos para con otros, y

todos en favor de los excluidos o víctimas del ‘progreso’.

V. EUCARISTÍA, SACRIFICIO AGRADABLE AL PADRE

El carácter *memorial* de la Misa actualiza y renueva la dimensión **sacrificial** de la entrega de Jesús por amor al Padre y a los hermanos hasta morir en la cruz. Esta acción actualizadora eucarística viene *realizada por obra del Espíritu Santo*. Como dice san Agustín: “La Eucaristía es sacrificio inefable por la acción del Espíritu Santo” (*La Trinidad* 3, 4, 10). Es *sacrificio*, en cuanto unidos en el Espíritu de Cristo, revivimos y actualizamos el gesto de amor total y salvador universal de Jesús, prefigurado en la última cena y culminado en la cruz. La pasión y muerte de Jesús no fue un acto litúrgico, realizado en el templo según las rúbricas en vigor, sino la ejecución de un condenado, junto con otros bandidos, fuera de las murallas de la ciudad. Muerte más profana sería impensable, y sin embargo, es *el sacrificio agradable al Padre*. Aún más, es el único sacrificio agradable al Padre y que acaba con todo el sistema de sacrificios hasta entonces vigente en la religión judía. Sencillamente, porque tal autodonación consciente, libre y por amor fue llevada a cabo por el Hijo en carne mortal. “Cristo, único Mediador, nos reconcilia con Dios Padre” (*La Trinidad* 4,14,19).

El *tema sacrificial* se encuentra desarrollado por Agustín en el libro 10 de su obra *La Ciudad de Dios*, en el contexto de la adoración sólo debida a Dios, a través del *culto de latría*. El sacrificio de víctimas animales a Dios, antes de Cristo, tenía la misma orientación que los actos realizados por los cristianos: *la intención de unirse a Dios* por parte de los oferentes y en favor de los semejantes. Por eso, “el sacrificio visible es el sacramento o signo sagrado del sacrificio invisible” (*La Ciudad de Dios* 10, 5). Los sacrificios son símbolos del amor a Dios y al prójimo. “Sacrificio es, pues, – según san Agustín, – todo acto encaminado a unirnos a Dios en santa comunión. Es decir, todo acto encaminado a aquel Bien final que hace posible nuestra verdadera felicidad” (*La Ciudad de Dios* 10, 6).

Cristo hizo este ofrecimiento de sí mismo por nosotros en la cruz, y se ofreció él mismo “*bajo la forma de Siervo*” (*Filipenses* 2, 7), porque, en esta forma de *Siervo*, él es *Mediador, Sacerdote y Sacrificio*. ¿Cuál es el sacrificio que *agrada* a Dios? Es un corazón contrito y humillado (*La Ciudad de Dios* 10, 5). ¿Y qué es *sacrificio*? El hombre consagrado a Dios (*La Ciudad de Dios* 10, 6). Siendo *la consagración de Cristo al Padre, el sacrificio definitivo* (*La Ciudad de Dios* 19, 23, 5). Agustín demuestra en *La Ciudad de Dios*, que el sacrificio de Cristo en la Cruz es el verdadero sacrificio y explica cómo los cristianos se convierten en oblación cuando se ofrecen a sí mismos en la celebración eucarística. “Los verdaderos sacrificios son las obras de misericordia, realizadas para con nuestros hermanos, y orientadas hacia Dios. Pues, estas obras tienen como fin librarnos de la miseria y concedernos la felicidad, que se obtiene como dice el salmo: ‘Mi bien es estar junto al Señor’ (Salmo 72, 28). *He aquí el sacrificio de los cristianos: lograr la unidad por la caridad. ‘Muchos formamos un solo Cuerpo en Cristo Jesús’*” (*La Ciudad de Dios* 10, 6). La eucaristía, por la mediación de Cristo, es el acto único y total de la religión verdadera que asegura a la humanidad la *felicidad, personal y comunitaria, en la unión con Dios*.

Este es el sacrificio que la Iglesia celebra en la liturgia eucarística,

“donde se muestra a la Iglesia que ella misma es ofrecida en las ofrendas que ella presenta a Dios” (*La Ciudad de Dios* 10, 6). Añade Agustín: Cristo “*en la forma de Siervo*” prefiere ser el sacrificio, a recibirlo. Cristo no sólo es el *Sacerdote* que ofrece, sino también la *Oblación* ofrecida. Él dio a la Iglesia este *sacramento memorial de su sacrificio*: “porque la Iglesia, al ser el Cuerpo del que él (Cristo) es la cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma por medio de él” (*La Ciudad de Dios* 10, 20). El santo doctor afirma la eficacia de este *sacrificio del Mediador* por los difuntos. Así fue ofrecido el sacrificio de nuestra redención por *Mónica* en su entierro. Y en el propio *entierro de Agustín*, se ofreció por su eterno descanso el sacrificio eucarístico (A. D. FITZGERALD, *Diccionario de San Agustín*, Burgos 2001, pp. 544-546).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Por qué Jesús es el único y verdadero Sacerdote?
- ¿Cuáles son las diferencias entre la Antigua y la Nueva Alianza?
- ¿Qué tipo de sacrificios son agradables al Padre?

VI. SACRAMENTO DE UNIDAD ECLESIAL

Desde el comienzo de la tradición cristiana, en los escritos de los Padres Apostólicos, tenemos la imagen de los *numerosos granos de trigo* reunidos en *un solo pan* ofrecido en la eucaristía y que simbolizan *la unidad* de la Iglesia. Agustín emplea y amplía esta imagen en sus homilias (*Sermón 227, 229 A, 272*). Dice a sus fieles que ellos son los numerosos granos que fueron trillados por bueyes cuando se les predicó el evangelio, y que fueron almacenados en graneros cuando, siendo catecúmenos, no se les permitía participar en la celebración eucarística. Luego fueron molidos, con ayunos y exorcismos, mezclados con agua y llegaron a formar una sola masa en el bautismo, siendo cocidos en la crismación por el fuego del Espíritu Santo para formar la hogaza del pan del Señor (*Sermón 229, 1*).

Del mismo modo, *el vino del cáliz* simboliza también *la unidad* de corazón y de alma que Hechos (4, 32) describe como don para los creyentes, porque muchas uvas diversas fueron prensadas en el lagar y llegaron a formar en la copa un solo vino de excelente sabor. Agustín refiriéndose a *los neófitos*, recién bautizados, les dice que ellos están ahora sobre la mesa y se encuentran *unidos en la copa con el resto de los creyentes*, citando así a *1Corintios* 10, 17: “Puesto que el pan es uno, nosotros – que somos muchos – somos un cuerpo; pues todos participamos de ese pan”, y 12, 27: “Vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él” (*Sermón 229, 1*).

El misterio que los cristianos ve sobre el altar es *el misterio que los comprende* y significa a ellos mismos. Cuando los fieles escuchan “el Cuerpo de Cristo”, y contestan “AMÉN”, entonces están asintiendo a lo que ellos son, rubricándolo con la propia firma. Agustín los insta a “*ser lo que vosotros veis, y a recibir lo que vosotros sois*” (*Sermón 272*). **La unidad del Cuerpo sacramental de Cristo se refleja y resplandece en la unidad del cuerpo eclesial.** ¿Cómo aparece la unidad en la asamblea eucarística? Desde *Levantemos el corazón (j sursum corda!)*, hasta el intercambio de la paz, *los*

corazones están unidos y levantados hacia Dios. Cristo es Sacerdote, Víctima y está realmente presente sobre el Altar. Es nuestro lazo de unión por medio de su Espíritu, es precio de nuestro rescate, y se nos da como alimento, haciendo que nos transformemos en él, cuando observamos el mandamiento del amor (Sermón 228 B, 1-5).

Agustín afirma que no importa el *número de hogazas de pan* que haya sobre los altares de todo el mundo. Por muchas que sean, seguirán siendo “*un solo pan*”, porque todos los cristianos del mundo forman el único Cuerpo de Cristo (Sermón 229 A, 1). La participación de los fieles en la Eucaristía realiza la unidad de este único Cuerpo. El Pastor de Hipona instruye así a los creyentes: “Para no estar dispersos y separados, comed lo que a todos nos une” (Sermón 288 B, 3). *La unidad es la característica de la Eucaristía*, “para que agregados a su Cuerpo, hechos miembros suyos, seamos lo que recibimos” (Sermón 57, 7). Advierte, sin embargo, Agustín, que es necesaria la preparación para recibir dignamente el Cuerpo y Sangre del Señor. Puesto que el Señor instituyó el sacramento de la *paz* (Sermón 227), y la *unidad*. “Los que reciben el sacramento de **la unidad** y no mantienen **el vínculo de la paz**, no reciben el sacramento para la propia **edificación**, sino como testimonio de **su condena**” (Sermón 272). *Unidad en la paz por la caridad*. Según san Agustín, pues, la celebración de la sagrada Cena capacita a los bautizados a integrarse en el ofrecimiento que Cristo hizo de sí mismo al Padre. *Al recibir el cuerpo sacramental de Cristo, los fieles se fortalecen como cuerpo eclesial de Cristo.*

VII. LA EUCARISTÍA, VÍNCULO DE COMUNIÓN

La *unidad* entre Cristo y sus miembros se realiza en la *Eucaristía por obra y gracia del Espíritu Santo*. **Unidad y comunión** entre el Señor resucitado y su Iglesia, que es íntima unión entre sus santos y elegidos, y también entre sus fieles. Comer este alimento y beber este refrigerio, implica morar en Cristo y poseerlo plenamente. Esta participación en él, no quiere decir ser igual a él, sino participar de la gracia del Mediador (Sermón 26, 19). La prueba de haber comido y bebido con él, es permanecer en él y él en nosotros (Sermón 27, 1). *El alimento eucarístico es participación en la intimidad y destino de la persona de Cristo, Salvador*. En la misma persona de Cristo resucitado, presente en la Eucaristía, se nos da el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, en toda su humanidad y divinidad, y en su dimensión histórica y eterna. ¿Quién es el que realiza esta unión entre ambas dimensiones? Según Agustín, es el Espíritu Santo quien realiza esta unión de las dos naturalezas de Cristo, así como también la unión y comunión de Cristo con sus fieles en la Eucaristía (Sermón 27, 5). El Espíritu Santo es el artífice de toda la vida espiritual en la Iglesia. Es el Espíritu quien da la vida, la carne no vale nada. *Unidos en el Espíritu de Cristo Jesús, tenemos la vida; separados nos alcanza la muerte.*

La Eucaristía alimenta la vida en Cristo, siempre que el cristiano sea iluminado con la fe e inteligencia del Espíritu. El Doctor de la gracia interpreta *la unión con Cristo* como una vida de fe, que *se abre a la inteligencia y se desarrolla en el seguimiento comprometido con la causa del Reino*. Después del discurso de Jesús sobre el ‘*pan de vida*’, muchos de los discípulos le abandonaron, porque *no creyeron, ni entendieron* de qué estaba hablando. Y ante la pregunta de Jesús dirigida al grupo de discípulos más cercanos:

¿También vosotros queréis marcharos? Pedro se adelantó y dijo: ¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos firmemente y reconocemos que tú eres el Santo de Dios (Juan 6, 67-69). Es necesario creer para entender y poder vivir. Por eso, en la Eucaristía tenemos que comulgar antes con la mente, por medio de la fe, para recibir la fuerza del sacramento en la comunión. “Si de verdad creíste, ya comulgaste”, llega a decir san Agustín. No podemos comer y beber sólo el sacramento visible, como los malos e incrédulos, sino abrimos al Espíritu, para permanecer en el Señor, como miembros vivos de su Cuerpo. La Eucaristía es el alimento de los fuertes y los mártires (Sermón 27,12).

Para recibir con provecho este sacramento de comunión es preciso estar en comunión con el Señor y con los hermanos. Pues, como dice el Apóstol, quien come el cuerpo de Cristo indignamente, come la propia condenación (1Corintios 11, 29). Comer el pan vivo es creer en Cristo. Quien cree, come y queda saciado. Todos los fieles comen el sacramento visible. Pero una cosa es el sacramento y otra la gracia del sacramento (Sermón 26, 1). Judas, uno de los Apóstoles, recibió el mismo pan que Pedro. Pedro, para la vida, Judas para la muerte; y “no porque lo que recibió fuera malo, sino porque él (Judas), siendo malo, recibió malamente el mejor bien” (Sermón 26, 11; 50, 10). “Así, – prosigue, Agustín, – una cosa buena puede perjudicar y una cosa mala puede beneficiar, comparando lo acontecido a Judas y a Pablo: Con el bocado que comió Judas en la última cena entró en él el maligno; en cambio el aguijón de la carne que sentía Pablo le sirvió para su purificación. Una cosa buena ha perjudicado al malo (Judas), mientras que una cosa mala ha beneficiado al bueno (Pablo)” (Sermón 62, 1). Realmente, Judas no permaneció en Cristo y Cristo no permaneció en él. “Besó con sus labios a Cristo, pero le traicionó con su corazón” (Sermón 229, 1-3). No obstante, el futuro de este Apóstol está en las manos de Dios, pues Jesús, así como es Cordero de la Nueva Alianza y alimento de vida eterna, es también remedio para todos los males de la humanidad.

PARA EL DIÁLOGO

- Describe la actitud de Pedro, Pablo y Judas, respecto a Jesús como pan de vida.
- ¿Cuál es la condición esencial para recibir con provecho la Eucaristía?
- ¿Mi comunidad tiene conciencia viva de lo que celebra y recibe en la Misa?

VIII. PRESENCIA DEL RESUCITADO EN LA EUCARISTÍA

Las ‘comidas’ de Jesús, como señal del Reino anunciado, son una constante en su vida, antes y después de la resurrección. Después de resucitado, Jesús se aparece a sus discípulos en el marco de una comida (Lucas 24, 41; Juan 21, 9-13; Marcos 16, 14). Los Apóstoles, discípulos y discípulas, comieron y bebieron con Jesús, después que él resucitó de entre los muertos (Hechos 10, 41). Es particularmente significativo el relato de Emaús, que constituye una especie de transición entre la presencia pascual del Resucitado y su presencia sacramental en la Eucaristía. Jesús se da a conocer en el gesto convivial de la “fracción del pan” (Lucas 24, 35). No sólo se hace

presente y se da a conocer en '*la fracción del pan*', sino que, cada vez más, la comunidad va descubriendo la presencia de Jesús en el pan y el vino *consagrados y distribuidos* entre los comensales. *Los cristianos sienten la presencia de Jesús resucitado en la celebración comunitaria de la Eucaristía.*

En este sentido, Agustín habla con gran *realismo* de la *presencia verdadera y personal* de Cristo Jesús en la Eucaristía. "Llamo Cuerpo y Sangre de Cristo...al fruto formado de la semilla terrena, consagrado por la oración mística, siendo para el que lo recibe **salud del alma y memorial de la pasión** del Señor. Sacramento hecho visible por la intervención de los hombres, pero **santificado** por la acción invisible del **Espíritu Santo de Dios**" (*La Trinidad* 3, 4, 10).

En sus homilias dice a los recién bautizados, que lo que ellos reciben en el sacramento del altar es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, derramado para el perdón de los pecados. Y les encarece que deben "reconocer en el pan lo que colgó de la cruz, y en la copa lo que brotó de su costado" (*Sermón* 228 B. 2). Agustín hace referencia al Cuerpo de Cristo como "ofrecido y servido a los participantes" en la Eucaristía (*La Ciudad de Dios* 17, 20). "El Pan de vida, Cuerpo de Cristo, es su carne, que nadie come sin antes adorarlo" (*Comentario al Salmo* 98, 9). En las *Confesiones* escribe que la Sangre de Cristo, precio de la redención, está siempre en sus pensamientos: "Yo lo como y lo bebo y lo administro a los otros. Siendo pobre, deseo saciarme de él, junto con todos los que con él se alimentan y quedan saciados. Alabarán al Señor todos los que le buscan" (*Confesiones* 10, 43, 70). Y como Obispo de Hipona anima a su comunidad a seguir buscándole: "Corre, busca a Jesús resucitado y encuéntrale en la Eucaristía" (*Sermón* 235, 3). Como los discípulos de Emaús, hay que *abrir el corazón al huésped, al desconocido, al necesitado, para reconocer al Resucitado*. Comentando este relato de Lucas, dice Agustín: "Acoge al huésped, si deseas reconocer al Salvador". Y continúa: "Lo que no alcanzó la incredulidad, lo consiguió la hospitalidad. El Señor se hizo presente en la fracción del pan. Aprended dónde buscar al Señor. Aprended dónde poseerlo. Aprended dónde reconocerlo; cuándo lo coméis. En esta ocasión, los fieles conocen algo que entienden mejor que aquellos que no le conocen" (*Sermón* 235, 3).

IX. LA EUCARISTÍA RENUEVA EL MISTERIO PASCUAL

La Eucaristía hunde sus raíces en la experiencia del *encuentro vivo con Cristo* Jesús, muerto y resucitado. Los cristianos no celebran un mero recuerdo de la Última Cena de Jesús en el Jueves Santo, con tristeza y amargura, sino que el mismo Jesús, muerto en la cruz, ahora se abre paso entre sus discípulos y se hace presente en este *banquete de amor entre amigos*. El Señor, glorificado por el Padre, *vuelve al encuentro* de los suyos para animarles y enviarles para la misión. Es la resurrección de Jesús, por el Espíritu del Padre, lo que hace posible su *presencia real, viva y operante en la comunidad reunida* en torno a la mesa. Al mismo tiempo, es necesaria la comunidad cristiana reunida con fe y amor, en torno a la mesa, para que el Señor renueve y actualice *el misterio pascual en favor de la humanidad*.

La tradición cristiana ha designado la Eucaristía como celebración del *misterio pascual*. *Jesús resucita para nosotros sacramentalmente en la cena*

eucarística. La Eucaristía es el memorial de la muerte y resurrección de Jesús. Esta esperanza de resurrección es la que alienta a los fieles a seguir a Cristo crucificado. Cristo resucitado se ofrece hoy como pan compartido para la vida eterna. “*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*” (Juan 6, 54). La *experiencia pascual* exige una posición inequívoca y práctica *en favor de una vida digna y plena para todos*. Quien participa en la eucaristía se compromete a hacerse presente allí donde la vida se encuentra amenazada por el hambre, la guerra, la injusticia. El ‘*gesto de Dios Padre*’, resucitando a Jesús, nos abre a la esperanza en la *victoria de la justicia de Dios* por encima de las injusticias de los hombres. El Espíritu Santo infunde vida en los crucificados de nuestros días, alentándoles en una perspectiva de dignidad, vida, y resurrección. Y la Eucaristía es un banquete de fiesta de quienes, ya en la esperanza, celebran el triunfo y la victoria del Reino de Dios.

X. EL DOMINGO, DÍA DE LA COMUNIDAD

San Agustín, celoso Pastor del rebaño de Cristo, celebra cada *domingo* el día del Señor y explica su significado: “En los días de la semana, en efecto, el **primero** y el **octavo** día son **idénticos**. Se celebra a Jesús resucitado. La resurrección del Señor nos ha prometido el día eterno y nos ha consagrado – dedicado – el **día dominical**. Este día, llamado **dominical**, pertenece propiamente **al Señor**, puesto que es el día en que el Señor resucitó” (*Sermón 169, 2, 3*).

El domingo es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Como enseña el Concilio Ecuménico Vaticano II “*Este día del Señor es el fundamento y el núcleo de toda la vida litúrgica*” (*Sacrosancto Concilio*, 106). La *comunión fraterna* es uno de los motivos de la importancia de la *Misa dominical* (JUAN PABLO II, *El día del Señor*, nn. 31-51). Asimismo, en la Carta papal *En el inicio del nuevo Milenio*, declara que la Eucaristía dominical “*es el lugar privilegiado donde la comunión es constantemente anunciada y fomentada. Mediante la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, la cual podrá desempeñar de modo eficaz su misión de sacramento de la unidad*” (n. 36). El domingo es el día de la asamblea cristiana. Durante la semana vivimos dispersos, atendiendo cada uno sus propios trabajos y obligaciones. Pero en el *octavo día*, o también día *primero de la semana* para los cristianos, porque es conmemoración de la resurrección del Señor, dejamos otros compromisos para *encontrarnos como Iglesia* y celebrar la presencia de Jesús resucitado. El domingo es el día del Pueblo de Dios, es *nuestro día*. En torno a la Mesa de la Palabra, y de la Eucaristía, el Señor nos congrega, nos ilumina, nos alimenta, nos renueva en la fe y en el amor, nos consolida en la unidad y nos abre a la esperanza. Así invita a sus fieles san Agustín a saciar su hambre y sed con este manjar celeste: “¡Misterio de piedad! ¡Símbolo de unidad! ¡Vínculo de caridad! Quien quiere vivir, tiene dónde vivir, tiene de qué vivir. Se aproxime, crea, se incorpore y tendrá la vida. No desdeñe pertenecer a la categoría de miembro, no sea un miembro infectado que merezca ser amputado, no sea un miembro deforme que se deba avergonzar. Sea hermoso, sea apto, esté bien unido al Cuerpo, viva de Dios y para Dios; trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo” (*Tratado sobre el evangelio de Juan*, 26, 13).

La celebración semanal de la Eucaristía es misión de toda la Iglesia, como sacramento universal de salvación, presencia testimonial e *instrumento de justicia y de paz* entre las personas y los pueblos. Las comunidades celebran cada domingo la Eucaristía, porque necesitan alimentar su fe, crecer en la fraternidad y anunciar su esperanza en Cristo resucitado. De aquí la importancia de la Eucaristía para la comunidad cristiana:

- estímulo para el *seguimiento* fiel de Jesucristo;
- fuente del *amor fraterno* y solidario;
- renovación del *compromiso* por la justicia del Reino;
- y *principio de esperanza* en la feliz Resurrección.

XI. ALCANCE CÓSMICO DE LA EUCARISTÍA

En su encíclica sobre la Eucaristía, *Ecclesia de Eucaristía*, Juan Pablo II, nos habla de este aspecto *universal y cósmico* del sacrificio eucarístico, que nos recuerda *la visión teilhardiana, poética y teológica del mundo*, atraído y traspasado por Cristo como fuerza final y punto Omega de la creación. Dice el Papa: “*Cuando pienso en la eucaristía y miro mi vida de sacerdote, de obispo, de sucesor de Pedro, espontáneamente me pongo a recordar tantos momentos y lugares en que pude celebrarla. Recuerdo la Iglesia parroquial de Niegowiae, en donde desempeñé mi primer cargo pastoral, la Colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral de Wawel, la basílica de San Pedro y tantas basílicas e iglesias de Roma y del mundo entero. Pude celebrar la Santa Misa en capillas situadas en caminos de montaña, en las márgenes de los lagos, a la orilla del mar. Celebré el Sacrificio del Altar, en altares construidos en estadios, en plazas de ciudades...Este escenario tan variado de mis celebraciones eucarísticas me hace experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. Porque incluso cuando tiene lugar en un pequeño altar de una iglesia de aldea, la Eucaristía es celebrada siempre, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Une el cielo y la tierra. Abraza e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se hizo hombre para devolver toda la creación, en un supremo acto de alabanza, a quien la hizo surgir de la nada. Así, Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, entrando por la sangre de su Cruz, en el santuario eterno, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Y lo hace mediante el ministerio sacerdotal de la Iglesia, para gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente este es el **mysterium fidei** que se realiza en la Eucaristía: el mundo que salió de las manos de Dios creador vuelve a él redimido por Cristo*” (n. 8).

XII. LA EUCARISTÍA EN SU TENSIÓN ESCATOLÓGICA

La Última Cena de Jesús tiene *carácter de despedida esperanzada, abierta a una plenitud de gracia y salvación*. Así lo manifiesta Jesús en un supremo acto de amor y confianza: “*¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión! Porque os digo que nunca más la comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios*” (Lucas 22, 16). Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo, pero también tenemos que discernir *los signos de los tiempos* como *motivos de esperanza*,

que prometen un mundo *más humano y fraterno*. El discípulo de Jesús, comprometido con la causa del Reino no puede desistir, ni abandonar el camino. La *Eucaristía es viático*, es decir, *alimento para caminantes*. Con la misma fidelidad y perseverancia, con la misma actitud de servicio, los discípulos siguen al Maestro.

Es significativo que en el lugar donde los sinópticos ponen el relato de la institución de la Eucaristía, Juan narra *el lavatorio de los pies*, por parte de Jesús a sus discípulos, como humilde *gesto de disponibilidad y servicio* (Juan 13, 1-20). Refleja la actitud de Jesús cuando se dispone a celebrar la Cena. Junto con el memorial de la Eucaristía, *este gesto es también memorial y mandato* para ser perpetuado entre sus discípulos: “*Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho*” (Juan 13, 15). La actitud de servicio de Jesús, pasa a la comunidad y caracteriza a su Iglesia. El espíritu de servicio para con los más necesitados es la fuerza que cambia al mundo abriéndole a un futuro prometedor. El amor solidario es condición indispensable para participar en la Eucaristía porque es manifestación de la presencia del Espíritu de Jesús resucitado en su comunidad, que nos mueve a una oración de alabanza y acción de gracias, en camino hacia unos nuevos cielos y una nueva tierra (Apocalipsis 21, 1).

El mismo Agustín se autodenominaba “Siervo de Cristo, y por él, siervo de sus servidores” (Carta 217). Como memoria perenne, construyó en Hipona una “Casa de caridad”, al lado de su residencia episcopal. San Basilio, por su parte, fundó la “*Ciudad de la alegría*” en Cesarea. La tradición más auténtica de nuestra Iglesia nos lleva a hacer de la Misa una escuela de compromiso y espiritualidad, empeñándonos en la realización de una *sociología cristiana*.

Como conclusión, formulamos el sueño del Cardenal François X. N. Van Thuan: “*Sueño la Santa Sede – con todos sus organismos – como una gran HOSTIA, un pan único ofrecido en sacrificio espiritual, en el seno de la Iglesia, como gran Cenáculo con María, la Madre del Cuerpo de Cristo, y con Pedro, que ejerce su ministerio de unidad a servicio de todos. Y todos nosotros, junto a ellos, como granos de trigo que se dejan triturar por las exigencias de la comunión, a fin de formar un único cuerpo, plenamente solidarios y entregados, como pan de vida para el mundo, como signo de esperanza para la humanidad. Un solo pan, un solo cuerpo. ¡Oh sacramento admirable...! ¡Toda alabanza es poca!*” (F. X. N. VAN THUAN, *Testigos de la Esperanza*, São Paulo 2002, 140).

PARA EL DIÁLOGO:

- ¿Cuáles son los dos “memoriales” del Jueves Santo?
- ¿Continúa siendo la actitud de servicio la característica de las personas que van a Misa?
- ¿Se empeñan nuestras comunidades en un compromiso cristiano y transformador, como la Madre Teresa de Calcuta, el Cardenal Van Thuan, o el Papa Juan Pablo II?